

mente, conocimiento de esta obra, que fué recomendada al rey por algunos miembros de las universidades de Cambridge y Oxford, según hay testimonio. El profesor Frederick Bodner, de cuyo libro *The Loom of Language* (New York, 1944; pp. 449 y ss.) tomo las noticias precedentes, ha dedicado varias páginas al análisis comparativo de los planes de racionalización lingüística propuestos por Dalgarno y Wilkins, y los puntos en que este último se apartó de las opiniones de aquel o las desarrolló. No me ha sido posible hallar otras referencias acerca de Dalgarno. Las de Wilkins son, en cambio, numerosas. Se halla citado en los diarios de sus contemporáneos Evelyn y Pepys, y el editor del primero de éstos ha incluido, al pie de la primera información que de él se da, una nota biográfica de relativa extensión (10 de julio de 1654; pp. 292/3 del primer tomo de la edición de la Everyma's Library). El admirable libro que Douglas Bush, *English Literature in the Early Seventeenth Century, 1600-1660*, da en las páginas 270-271, una noticia breve pero fundamental de esta figura que tan pronto provoca el interés como causa desconcierto. Wilkins fué hombre de religión y filosofía; entre sus obras una, sobre prédica, es muy recordada; se titula *Ecclesiastes*. Entre sus trabajos científicos, hay unos sobre los viajes a la luna. Bush indica, en la página 607 de su libro, una bibliografía sumaria sobre Wilkins. Entre los estudios de su teoría lingüística menciona el de Lancelot Hogben, citado por Borges, y el de E. N. Andrade, en *Annals of Science*.

El *Essay towards a Real Character and a Philosophical Language* ha sido reproducido parcialmente en la obra de F. Fehmer, *Beiträge Zur Geschichte der Frangösischen und englischen Phonetik und Phonographie* (Heilbronn, 1899).

R. A. SCOTT - JAMES, *Fifty Years of English Literature 1900-1950*

R. A. Scott-James, editor del *London Mercury* y colaborador de *Britain To-day*, autor de un ensayo sobre la obra de Hardy y de un estudio sobre los principios de la crítica literaria, ha emprendido, ahora, la tentadora aventura de "poner la tierra en orden", al cabo de cincuenta años de una continua evolución que ha trazado una nueva senda para las letras inglesas. Aunque estamos muy lejos de una perspectiva, sin embargo ya podemos decir que desde las primeras décadas del siglo XIX —época de Wordsworth y Coleridge, de Shelley y Keats, de Byron, de Scott y Jane Austen— en ningún momento alcanzó la literatura inglesa tal esplendor y desarrollo, a pesar de que sería injusto negar a la era victoriana —como se ha pretendido— importancia literaria y algunas personalidades inigualadas (Dickens, Thackeray, Meredith, Browning, las Brontë, George Eliot, Christina Rossetti, Samuel Butler, Tennyson y Swinburne; y un extraordinario renovador de la poesía: Hopkins). Sin embargo, los "sesenta y tantos años de gloria", revolucionarios como fueron (y los eminentes victorianos fueron revolucionarios, si hemos de medirlos —como Strachey— de acuerdo a la personalidad de los hombres que fundaron el movimiento Oxford y reformaron Rugby o de mujeres del temple de Florence Nightingale), representaron una forma de afirmación y estabilidad. Luego del florecimiento de principios de siglo, la cultura europea del siglo XIX tendió, bajo el liberalismo y la filosofía positiva, a establecerse y estructurarse por vez primera desde los tiempos en que la Ilustración realizó una obra semejante. Lo que Wladimir Weidlé descubre en el siglo XIX es, precisamente, ese carácter orgánico y *asible* para quien desea contemplarlo en forma panorámica. Para quien valora, como él, esa "asibilidad", necesariamente la literatura y el pensamiento del siglo XIX son muy

difíciles de vivir. Con demasiada facilidad uno se siente inclinado a hablar de épocas de "decadencia" literaria o artística, en especial si coinciden con una crisis política efectiva; pero estas apreciaciones son, por lo general, apresuradas. Nuestra época, deja ver, sin duda, resquebrajamiento; pero no menos son visibles en el siglo XIX. Lo que debe tenerse en cuenta es que el mundo estable y objetivo de Dickens ha de ser juzgado de acuerdo a los valores que en el tenían vigencia; y del mismo modo el mundo subjetivo y cambiante de Joyce. Tratar a uno según las medidas del otro no tiene sentido; investigar el mundo actual con el criterio de una cultura estable no es posible. El "partidismo" por la estabilidad o la inestabilidad importa poco; lo único que se tendrá en cuenta es el significado de cada una en su momento histórico. Estas observaciones son pertinentes aún en el caso de Scott-James, cuyo libro no se propone organizar el material de acuerdo a una explicación. Cuanto nos ofrece es una bibliografía copiosa y un *Index* admirable. Hay referencias a un número considerable de obras; aunque de momento uno está a punto de preguntarse: Y todo esto ¿para qué? La respuesta es que Scott-James ha ordenado la materia prima para futuras investigaciones, pero se ha abstenido de darnos una visión "ser vida". El erudito encontrará en el *Fifty Years of English Literature* una fuente de información; el lector apresurado hallará la mención del libro que acaba de leer y podrá averiguar si debe gustarle o no. De todos modos, debo confesar que la obra de Scott-James me ha entretenido enormemente, dejándome la sensación de haber encontrado viejos amigos en forma inesperada a la vuelta de una esquina. Una verdadera caja de sorpresas; el capítulo doce, por ejemplo, enumera de D. H. Lawrence, Joyce, Dorothy Richardson y Virginia Woolf. La última se sorprendería vivamente de hallarse asociada al primero; por lo que respecta a Dorothy Richardson, dice en favor de Scott-James la inclusión y amplia noticia (pp. 137-141) de una autora cuya importancia aunque discutida no es por ello menos considerable, así sea sólo por haber introducido el procedimiento de la "corriente de conciencia". Otros comentarios, en cambio, han sido malogrados por cierta precipitación periodística. Muy endeble es la noticia de las novelas de Kipling en la página 8; las informaciones sobre H.A.L. Fisher y Arnold Toynbee, en la página 77, no mencionan las obras fundamentales de estos autores; pobres son las referencias de G. M. Trevelyan, Herbert Grierson y Gilbert Murray; los comentarios son a veces muy superficiales, como en el caso de *Spain* de Auden. En otras oportunidades se nota una selección descuidada de los autores incluidos; se menciona a William J. Locke y no a Richard Lewellyn, por ejemplo; se incluye entre los poetas de la primera guerra mundial a Charles Hamilton Sorley y no a Isaac Rosenberg, cuyas mejores producciones (*Returning, we hear the larks* y *Break of day in the trenches*, han sido transcritas en *The Faber Book of Modern Verse*). Muchas ausencias inexplicables son de notar: Mary Webb, A. E. Coppard, Sidney Keyes T.E. Hulme, A.A. Milne, Jocelyn Brooke, Gerald Heard, *Olivia*, Eileen Power, Pearsall Smith, Christopher Sherwood, Denton Welch, C. P. Snow, Michael Sadler, Augustine Birrell, G. G. Coulton, Lord Dunsany, Jerome K. Jerome, Margaret Kennedy, Dlaf Stanledon. G. Lowes Dickinson. Entre las ausencias más sorprendentes e injustificadas citemos las de Herbert Read. Saki y T. T. Powys. Señalemos, igualmente, que en la referencia a George Orwell no se hace mención a sus ensayos críticos y que ninguna noticia se da de los periódicos literarios. (*Horizon* es sólo mencionado de paso; *The Criterion* y *The Penguin New Writing* no figuran) En cambio, Scott-James tiene una peligrosa inclinación hacia las fechas y los incidentes biográficos; en la página 163 se nos informa

que el primer marido de Katherine Mansfield se llamaba George Bowden; en la página 167 que *The Craft of Fiction* de Percy Lubbock fué elegido "Libro del mes" por la Book Society; en la página 221 que "antes de la guerra el nombre de Day Lewis era asociado frecuentemente al de Auden y Spender, aunque Spender ha recordado que de hecho los tres nunca estuvieron juntos hasta que se encontraron en Venecia, en 1941". Hecha estas salvedades, el libro es útil y se suma a la obra que A.C. Ward hiciera sobre el mismo tema, *Twentieth-Century Literature, 1900-1940*. De tanto sacarlo de la biblioteca y volverlo a poner, su cubierta acabará por romperse.

J. REST